

**WE
WHO
FEEL
DIFFERENTLY**
INTERVIEWS

A ningún ciudadano se le exige ser bueno para exigir derechos, pero a las minorías sí. A una persona que no está marcada por su orientación sexual, o por su identidad de género; a los que son “normales” no se les pide un certificado de moralidad para poder exigir derechos, a las minorías sí.

Una entrevista con Franklin Gil Hernández

Marzo 18, 2010
Casa de Franklin Gil Hernández en Bogotá, Colombia

Franklin Gil Hernández: Mi nombre es Franklin Gil Hernández, vivo en Bogotá hace como 13 años, pero soy de Antioquia. Mi interés por el tema tiene que ver con mi trabajo. Trabajo en la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional. Mi primer interés fue de tipo académico, pero después se volvió un tema personal y político. Tengo un lugar híbrido porque he estado en el movimiento social LGBT, fui vocero de la mesa de lesbianas, gays, bisexuales y trans de Bogotá, pero estoy de vacaciones del activismo, estoy en temas académicos nuevamente, aunque no me desvinculo totalmente, estoy pendiente, voy a algunas manifestaciones, colaboro sobre todo en la parte de las demandas constitucionales, que casi siempre requieren un concepto académico.

Carlos Motta: ¿Dentro del campo académico qué trabajo estás desarrollando?

FGH: Mi campo de trabajo son las relaciones de género, el género y la sexualidad y las relaciones raciales. He hecho trabajos sobre discriminación racial, discriminación por razones sexuales, tensiones dentro la agenda del movimiento feminista, el movimiento negro. También he hecho trabajos sobre sexualidad, sobre relaciones raciales y, actualmente, estoy haciendo un trabajo sobre discriminación racial en sectores medios en Bogotá. Lo último que estoy haciendo sobre sexualidad es una reflexión sobre el matrimonio gay. Es un tema personal, explicativo de por qué estoy cansado de ciertas formas de activismo y cómo estoy interesado en otras cosas que me parecen muy importantes. Los derechos, las leyes para mí son muy poco, me gustaría un movimiento que hablara de otra cosas.

CM: ¿Qué es lo que te preocupa de la fijación con el matrimonio gay en este momento?

FGH: A mí los derechos me parecen muy importantes y cada vez que hay esfuerzos a propósito del asunto participo. Sin embargo, creo que es una agenda muy poco ambiciosa y un movimiento que es sexual debería estar hablando de otras cosas. Siento que el movimiento habla muy poco de sexualidad, muy poco de proponer cambios a esta sociedad, de cómo vivir el sexo, de cómo vivir la solidaridad más allá del matrimonio, de la pareja, de otras cosas, otras propuestas. Entiendo que es muy importante tener derechos, pero la agenda debería ser más ambiciosa en el sentido de proponer un cambio más estructurado en el orden sexual, que es un orden que sigue discriminando, incluso con matrimonio gay, hay muchas cosas que quedan por fuera de esa agenda.

WE WHO FEEL DIFFERENTLY INTERVIEWS

CM: ¿Cuál es la historia del activismo en relación con los temas LGBT en esta ciudad, cuál es la agenda y cuáles son los intereses que han surgido en los últimos años?

FGH: Bueno, yo no soy historiador entonces puede que sea muy impreciso con las fechas. Yo digo activismo de los 80 cuando empieza León Zuleta, Manuel Velandia y cuando comienzan las primeras marchas en Bogotá. Este es un antecedente lejano, el movimiento de Bogotá se hizo visible y se fortaleció en 2003, 2004, asociado a una ONG que se llama Planeta Paz y que empezó a organizar una agenda en relación con la paz en Colombia y congregaron campesinos, mujeres, población afro y el sector LGBT. A partir de ese proceso unas personas que hacían un trabajo personal, desconectado, empezaron a reunirse a pensar en una agenda conjunta. Creo que ese fue un hito fundamental. El proceso de Planeta Paz fue un proceso nacional.

CM: ¿Cuál fue la agenda del movimiento inicialmente?

FGH: Creo que en ese momento el matrimonio no era la preocupación, la preocupación era cómo el sector de lesbianas, gays, bisexuales y trans podía hacer una agenda en relación con la paz del país. Se buscaba decir que si no se solucionaban otros problemas, por ejemplo la discriminación sexual, no tenía sentido hablar de paz en Colombia. La preocupación por lo de las parejas fue posterior y tiene que ver con el trabajo de Colombia Diversa y el grupo de Derecho de Interés Público de los Andes, quienes han hecho un trabajo muy valioso, muy juicioso y que ha tenido un resultado muy importante, pues ahora en Colombia las parejas del mismo sexo tienen casi todos los derechos de las parejas heterosexuales, menos la adopción.

CM: ¿En esa primera fase de activismo cómo te involucraste?

FGH: En ese momento no conocía mucha gente del movimiento LGBT, empecé a conocerlos en el proceso final de Planeta Paz. El movimiento social asociado que conocí primero fue el de personas con VIH, los primeros trabajos que empecé a hacer eran sobre salud sexual y reproductiva. Con Mara Viveros hicimos un trabajo sobre jóvenes, sexualidad juvenil y el primer acercamiento con el movimiento fue un trabajo sobre VIH con hombres que tienen sexo con hombres, para usar la categoría de salud que se usa en ese contexto.

CM: Mara Viveros me comentó también sobre este proyecto, pero no tuvo la oportunidad de hablar en detalle.

FGH: Esa fue una preocupación del gobierno, del Ministerio de Salud. Colombia tiene una epidemia concentrada; la prevalencia de VIH en hombres homosexuales es alta en comparación con la de la población en general. No es como algunos países que es más generalizada. Hicimos un proyecto de intervención, el Ministerio quería una propuesta para trabajar con hombres la prevención del VIH. El proyecto estuvo coordinado por Mara, trabajaba María Elvia Domínguez, John Harold Estrada, yo, que en ese momento estaba terminando antropología. Ese fue mi primer contacto con Mara Viveros. Se trataba de hacer unos talleres con gays y travestis, no me acuerdo si con hombres bisexuales. Veíamos la masculinidad como un tema importante para trabajar la prevención de VIH ya que muchas conductas de riesgo estaban asociadas a ciertas formas de masculinidad, la manera como se relacionan los hombres con su cuerpo, con el riesgo.

WE WHO FEEL DIFFERENTLY INTERVIEWS

Mara trabaja sobre masculinidades y la apuesta era cómo poner la categoría de género en una intervención, se trató de ver los modelos de masculinidad que tenían los hombres y la ausencia de prácticas de auto cuidado, el no usar condón, el no cuidar a la gente con quien se tiene sexo, el modelo de que mientras más “tiremos”, más hombre somos, cosas así. Nosotros teníamos que esconder una preocupación pública; el que la epidemia está concentrada, pero el Estado tiene muchas preocupaciones morales sobre el asunto que nosotros no compartíamos.

CM: ¿Cómo reivindicaban ustedes el interés teórico o la crítica cultural acerca de ciertas formas de masculinidad o de relación de género con la política de Estado?

FGH: La idea central era que ciertas formas de masculinidad, de machismo, hacían que los hombres tuvieran prácticas de riesgo. Por ejemplo, esa asociación de la masculinidad con el riesgo, la violencia, lo público que, en el esquema sexual, da unos permisos a los hombres en relación con el sexo que no da a las mujeres. Los gays son hombres y tienen ese mismo permiso para tener sexo y otra de las formas de demostrar que se es hombre es tener sexo, es saber que tienes poder sobre ciertos cuerpos y que puedes acceder sexualmente a ellos. Hay una discusión muy interesante sobre la ética del cuidado, cómo generar una ética del cuidado entre hombres, los hombres no tienen el rol de cuidado que tienen las mujeres, entonces cómo generar, por ejemplo, una apuesta no moral de que la gente cuide a las otras personas. El tema de la promiscuidad siempre venía al caso y nosotros siempre tratamos de plantear que ese no es el tema, que se trata del cuidado, del auto cuidado.

CM: ¿La promiscuidad está asociada a la masculinidad?

FGH: Sí. Es un estereotipo muy importante el que los homosexuales son promiscuos y el VIH existe porque son promiscuos, irresponsables. Lo que estamos tratando de cambiar es ese discurso. Nos parecía un argumento moralista, para nosotros no tenía sentido, lo que queríamos era otra cosa: que la gente se pregunte por los modelos de masculinidad que tiene y que generan relaciones desiguales, también entre hombres, que hace que uno piense en el otro cuando tiene sexo, que no piense en su propio bienestar.

No sé en qué quedó esto porque me cansé y no seguí trabajando. No me interesa eso del Estado controlando los cuerpos, diciéndole a la gente cómo “tira”, si lo hace con condón, cuántos, en cuánto tiempo, casado y, aunque hay una posición progresista siempre en las propuestas de intervención, hay pequeñas cositas morales que se dicen. Por ejemplo, a nivel internacional, la promiscuidad sigue siendo un estándar en relación con el VIH. La definición de promiscuidad es absurda, no sé, si uno ha “tirado” con tres personas en un año o dos, no sé. En muchos países, los homosexuales no pueden donar sangre y si tu le preguntas a los funcionarios que se encargan de administrar esas normas no tienen en su cabeza el tema de la prevalencia; dicen que los homosexuales son irresponsables, son promiscuos, se acuestan con todo mundo, entonces es una norma que aparentemente se sustenta en una evidencia científica, pero realmente es un prejuicio moral.

CM: ¿Dirías que este es el caso hoy con las autoridades de salud en relación con las comunidades LGBT?

FGH: No, yo creo que eso ha cambiado mucho y que la gente, también en el Estado, entiende el tema de otra manera. Pero creo que no es la manera más generalizada de entenderlo. Creo

WE WHO FEEL DIFFERENTLY INTERVIEWS

que el marco mediante el cual se interviene el Sida ha cambiado, pero todavía sigue habiendo muchos rezagos de un modelo moral, siempre que hablemos de sexo va a haber moralidad; el sexo es malo, es difícil como positivar el sexo.

CM: ¿Cuál es la relación de la salud sexual y el sistema de clases sociales y las minorías étnicas en Colombia?

FGH: Este es parte de nuestro tema, con Mara. En Colombia la categoría racial es muy difícil y las personas que trabajamos con esas categorías tenemos muchos problemas. Por ejemplo, en salud sexual no tenemos datos diferenciados, solo se puede hacer inferencias por regiones con más población negra. En Brasil las encuestas de calidad de vida y todas las demás tienen categorías de color de piel. Aquí todos somos mestizos y, supuestamente, no hay discriminación racial, no tendría pertinencia social hablar de eso.

En cuanto a las diferencias de clase es claro que, en América Latina, el uso de métodos anticonceptivos es una práctica racista; el uso de los métodos definitivos, en sectores populares y en población negra, fue denunciado en Brasil. También ha habido algunas denuncias en indígenas en Perú. El uso de métodos definitivos es muy usual en el Tercer Mundo. Si uno analiza qué hay detrás de eso, tiene que ver con que las personas no tienen control, una píldora es para una persona muy racional, muy ordenada y la gente de este mundo, y sobre todo la gente pobre, negra, no tiene la capacidad de tener un método moderno, sino que de una vez se corta para controlar la población. En Colombia también la cifra de métodos definitivos es muy alta y se le recomienda a la gente pobre, a la gente marginal para que no se sigan reproduciendo.

CM: ¿Cuál es la relación de la comunidad LGBT y la raza?

FGH: Hay muy poco sobre el asunto, pero hay cada vez más interés. Comencé a hacer un trabajo con Samanta, que es una activista travesti que en este momento está en Barcelona por razones de seguridad. Empezamos una discusión sobre racismo y homofobia y, por la experiencia de ella, también hablamos de género y la llamada “endo discriminación”, término que no me gusta, pero que significa que existen unas dinámicas de discriminación de clase, de raza o de género dentro del sector LGBT. A mí la categoría no me gusta porque creo que genera un efecto contrario al que busca. No se trata de negar que hay racismo y que los gays y las lesbianas son tan racistas como el resto de los colombianos. Pero esa categoría se ubica como un problema intracomunitario y no es así. Creo que eso obedece a dinámicas más generales. Si la masculinidad es valorada entre los hombres gays, es porque la masculinidad es un valor en general en la sociedad colombiana y los gays y las lesbianas, no son más buenos o malos que el resto de la gente, ni tienen por qué serlo. Hay además una imposición moral: ustedes, que hablan de discriminación, también discriminan. A ningún ciudadano se le exige ser bueno para exigir derechos, pero a las minorías sí. A una persona que no está marcada por su orientación sexual, o por su identidad de género; a los que son “normales” no se les pide un certificado de moralidad para poder exigir derechos, a las minorías sí.

No se trata de negar, yo creo que hay que trabajar el tema, hay que hablar de racismo, soy una persona interesada en visibilizar el racismo, hay problemas de exclusión; hay lugares donde no dejan entrar travestis, personas negras, personas de sectores populares, personas afeminadas. Lo que no estoy de acuerdo es con el tipo de explicación que se da al asunto.

WE WHO FEEL DIFFERENTLY INTERVIEWS

También hay que entender que el movimiento LGBT tiene un sesgo de clase y es importante tenerlo en cuenta. El movimiento LGBT es un movimiento de clase media, y eso no es casual. No sólo lo es aquí; en todas partes del mundo porque hay una organización en relación con el consumo. Los barrios gay, creo que en todas partes, están en el barrio más burgués de la ciudad, aquí queda en Chapinero.

La pregunta es cómo se beneficia la gente de sectores populares de lo que se ha logrado, por ejemplo, en Bogotá, porque Bogotá es una ciudad muy desigual y muy segregada por clase. Aquí los pobres están lejos y aislados y uno se pregunta si la política pública es una política para la gente de clase media educada que está enterada, que está politizada, qué pasa con la gente de esos barrios en donde además hay presencia de grupos armados.

CM: ¿Hay manera de saber cuáles son los niveles de visibilidad de entidades LGBT en las clases menos favorecidas?

FGH: No sé. Pero se reconoce como una cosa completamente desigual, es decir; estas hablando de un movimiento de clase media, que no penetra las clases bajas exceptuando algunos grupos. Sí, hay algunos que lo hacen, que van a los barrios, pero en general el del movimiento es un trabajo de “alto perfil, o sea; hablar con el Gobierno, de cosas que son muy importantes, pero hay algo que no se hace y es que se tiene muy poco contacto con sectores populares.

CM: Me parece interesante que el foco sea la clase media y no en las clases bajas donde hay menos recursos, no sólo económicos, sino menos posibilidades de salir del “closet” y de formar una identidad de acuerdo con una orientación sexual.

FGH: Si, pero también hay muchos supuestos. Uno ve en los pueblos que hay “locas” que están más o menos integradas socialmente, no estoy diciendo que la pasen muy bien, las molestan mucho, pero tienen un lugar social. Creo que hay sociedades rurales, apartadas o populares, que solucionan esto. Lo que estoy pensando es que la clase media ha definido una manera de ser, una manera de tener una identidad LGBT que está muy marcada por el mercado, por el acceso a locales, por la manera como te presentas en la sociedad, la ropa que llevas, la identidad que perfilas. Y eso también está muy relacionado con el matrimonio, el matrimonio es un valor burgués.

¿A quién le interesa, por ejemplo, que haya sociedad de bienes? La preocupación por los bienes compartidos no le interesa a la gente que no tiene bienes. Esto es un estilo y una preocupación de un cierto grupo social que imponen una agenda y hablan en nombre -yo también lo he hecho- de un montón de gente. Creo que lo que uno hace es reducir muchas de las formas de vida a una determinada manera: para ser un gay tienes que estar casado, politizado, pertenecer a... Pero hay gente a la que no le interesa la política, que no quiere casarse y por eso hay que ver, en una agenda más ambiciosa, cómo se integran esas diferencias.

CM: Hasta ahora la estrategia ha sido política y legislativa de visibilización?

WE WHO FEEL DIFFERENTLY

INTERVIEWS

FGH: Claro, pero es una estrategia moral porque es una estrategia muy especular, en el sentido de que la sociedad está diciendo que los gay son promiscuos y los gay se defienden diciendo que se casan, tienen familias, tienen trabajo y pagan impuestos. Ese es un discurso muy frecuente: uno tiene derechos porque pertenece a la clase media, porque paga impuestos, porque es un ciudadano respetable, porque trabaja, porque está casado, es profesional; muchos sesgos de clase. Y la gente que no puede estudiar y no tiene bienes y ni trabajo ¿no tiene derecho a pedir derechos? Este es un problema y muy complicado.

Además, me preocupa la imagen que se está construyendo; una imagen correcta de ser gay y lesbiana, y los otros temas están muy rezagados.

CM: Me gustaría que volviéramos al tema de Samanta, ¿me puedes contar el trabajo que hicieron juntos y cómo se relaciona con esto y con el tema de la raza?

FGH: Hicimos entrevistas, usando una metodología feminista, recurrimos a nuestras experiencias: yo como marica y marcado racialmente como negro, Samanta como negra y travesti; expusimos nuestra experiencia personal y entrevistamos a otras personas, sobre todo personas negras, travestis, gays. Para las personas que militan para el movimiento negro ha sido muy difícil la militancia homosexual. En el caso de Brasil eso está documentado, pero aquí no se conoce mucho. Eso de que la homosexualidad es un vicio blanco debía ser estudiado mirando historias de vida: ¿qué pesaba más, la discriminación racial o la discriminación por orientación sexual? Concluimos que depende de la situación, de la persona, de la historia. Por ejemplo, lo del modelo de pareja, conseguir pareja, con quién se empareja la gente, esas diferencias raciales, cómo se negocian, el estilo de vida también eso también es normativo, no solamente de clase. Creo que es un modelo también racializado, es un modelo de clase, blanco, heterosexual, aunque estemos hablando de homosexuales. El trabajo buscaba mirar esas experiencias.

Colombia es un país en el que la dimensión racial no es visible y no es un tema público y las personas entrevistadas no veían ciertas experiencias porque han sido socializados como colombianos y colombianas y les parece que no hay racismo.

CM: Entiendo que también has hecho algún trabajo en relación con la identidad bisexual y esa especie de escepticismo que existe frente a este tema.

FGH: En los últimos años se ha visibilizado mucho la bisexualidad en Bogotá. En una encuesta que hicimos en la marcha vimos mucha gente bisexual, que se asume como bisexual. Es diciente el dato de que la mayoría son jóvenes, es una categoría nueva. Sin embargo, pienso que la bisexualidad se ha visibilizado de la manera menos interesante posible. Para mí la bisexualidad es la oportunidad para cuestionar un orden binario, para entender el sexo, el género, la posibilidad de inventarnos otra manera de estar juntos, que no tiene que ver con ser hombre. De nada de eso hablan los bisexuales. Los bisexuales están hablando de que los gays no los quieren, que las lesbianas no los quieren, que nadie los quiere. Son como una etnia, tienen una forma de vida determinada y todos piensan igual. En los encuentros en los que hemos debatido les formulé estas dudas: eso ya lo hicieron los gays y las lesbianas; se construyeron como un grupo y piensan todos igual, casi como una etnia, con la estrategia de las minorías, pero ustedes tienen la oportunidad de hacer una cosa diferente, ¿por qué no la hacen? Para mí la bisexualidad estaría más asociada como con lo *queer* y yo no veo, al menos

WE WHO FEEL DIFFERENTLY

INTERVIEWS

en lo que está pasando en Bogotá, esa relación. Por eso dejé de llamarme bisexual, no me parece muy interesante, en este contexto, llamarme bisexual.

CM: Hace algunos minutos me decías que no querías que las personas tuvieran necesariamente que politizarse para tener una identidad, pero en este caso parece que estás sugiriendo lo contrario, ¿estás pidiendo que se politicen?

FGH: Es importante politizarse, lo que pasa es que hay varias formas de hacerlo. Cuando las personas son activistas se olvidan de que no lo fueron toda la vida y hablan de las personas de “closet” como si fueran cobardes. Hay que ver el potencial político de todas las cosas que uno no ve como políticas. Yo no creo que para politizarse haya que pertenecer a un grupo, o sea no tiene que ser como yo lo hago. Yo he pertenecido a grupos, escribo cosas, voy a reuniones, pero hay gente que hace otras cosas, hay gente cuya política es defender su proyecto de pareja. Defender una cosa que puede ser muy tradicional puede ser su política de vida. Hay gente que está en las calles, va a bares, “tira” con un montón de gente y esa es su política, está viviendo la sexualidad como le parece que debería vivir una persona libremente. No hay que cambiar el imaginario a un modelo moral. A mí me gusta mucho el lema de un grupo de lesbianas que dice “las lesbianas somos malas y podemos ser peores”; me parece que es una apuesta más interesante, no en el sentido de que no haya una preocupación por la vida social, no se está haciendo daño, sino diciendo: “esto que ustedes llaman inmoral y malo es una posibilidad humana”.

Todo ese desorden, que algunos critican, de toda esa gente que va a la marcha, que no va “seria”, con pancartas, sino que va de fiesta, es una manifestación política. Darse un beso en la calle, o que las travestis muestren las tetas, son manifestaciones políticas porque es en su cuerpo en donde está su reivindicación. Y toda esa masa, esa masa de gente que no sabe nada, existe y hay gente que lo único que tiene que hacer es existir. Además, hay gente que existe en contextos muy hostiles, entonces, si no se reúnen, no importa. Si simplemente salen a la calle de su casa a su trabajo, cualquiera que éste sea, el pasar por la calle con su cuerpo en la identidad de género que desea, sin decir nada, esa es su existencia política.

CM: Esos que tienen un nivel de vida cómodo tienden a despolitizarse ya que sus vidas no corren riesgos. Algunos activistas denuncian que esa comodidad es una réplica de los valores y la moral heterosexual.

FGH: Hagamos un debate sobre el matrimonio, que es una institución intocable socialmente. Es importante pedirlo, pero una vez pedido, debe haber un debate sobre la institución, ¿qué tipo de relaciones plantea? La familia es una institución muy violenta. ¿Por qué defender una institución que es violenta? Hay otras formas de estar juntos que pueden funcionar y quizás son más tranquilas, más justas.

CM: Lo que parece sugerir es que el ámbito politizado, radical, gay, lesbiana, o transgénero construye una especie de moral inquebrantable. Es decir; para ser un buen gay, una buena lesbiana, se debería ser de una cierta manera. Pero, por otra parte, está esa moral nacional, influenciada por el catolicismo y el capitalismo que está en oposición a la primera y me parece que estás en desacuerdo con las dos. ¿cuál es la propuesta?

WE WHO FEEL DIFFERENTLY INTERVIEWS

FGH: No sé, no la tengo clara y tan no la tengo clara, que en la vida cotidiana no sé qué es lo que hago. Seguramente muchas cosas incoherentes. Lo que pasa es que me distancio de cierta moral del movimiento LGBT y, en realidad, no estoy hablando de dos morales, son la misma porque comparten los mismos valores, por ejemplo: la familia, el matrimonio, la monogamia. No es una moral alternativa, es la misma.

CM: ¿Qué pasa con los promiscuos y anárquicos, las personas no interesadas por esas categorías?

FGH: Es difícil. Hace un tiempo oí un debate de un grupo *queer* que se llama Divergentes y una de las preguntas que les teníamos era si lo *queer* era una identidad o si es una propuesta anti-identitaria. Sin embargo, es difícil estar por fuera de las identidades y nombrarse *queer*. Llamarse así es darle un uso identitario. Pero yo creo que sí hay posibilidades de hacerle juego a la cosa, aunque

son limitadas porque nadie está por fuera del mundo social y todos y todas compartimos moralidad y valores.

CM: También compartimos la posibilidad de infringirlos. Te da la posibilidad de tener una vida personal más amplia, pública.

FGH: Y tener un lugar social digno, y escojo la palabra digno porque significa tener el derecho a vivir como se quiere. Es muy interesante el equívoco cultural con la sentencia de la Corte, que mucha gente piensa que es una ley, o que es matrimonio. En un caso de unas mujeres lesbianas que estaban viviendo juntas, en un lugar donde no hay políticas públicas, hubo un problema; una de ellas cometió un delito. Fue interesante ver que la gente no usaba el hecho de que ellas fueran lesbianas para hablar del asunto, la gente hablaba de ellas como una pareja cualquiera y decía: “es que eso es lo mismo, ahora eso es lo mismo”, o sea, ellas son casadas. La gente resuelve las cosas, va resolviendo las cosas. Esas leyes sí cambian culturalmente, esas políticas públicas sí generan cambios. Pero los cambios mayores no se están haciendo.